

"La difunta y otras hierbas"

Comedia en 1 acto

PERSONAJES

RÉGULA... Gitana con poderes, de edad indefinida, no muy mayor

BLASA... Viuda anciana, malencarada

PELAGIA... Una niña, hija de RÉGULA

MINA... Criada de BLASA, joven poco más de 20 años

EVARISTO... Criado de BLASA, también joven

ANTONIO... Sobrino de BLASA, próximo a los 40 años

SUSANA... Esposa de Antonio, de su misma edad

CABO... Cabo de la guardia civil

La obra se ambienta en Asturias, pero es extrapolable a cualquier otro lugar, cambiando el nombre de algunos lugares, y en todo caso en un pueblo ganadero, en un caserío, o similar. La época, la España de postguerra.

ACTO ÚNICO

Salón de una casa adinerada. Algunos cuadros, algún mueble y un arcón (imprescindible), una mesa y sillas en el centro, una mecedora a un lado, también imprescindible. De inicio, en escena BLASA, dueña de la casa, malencarada, y vestida muy decentemente de negro. A su lado tiene su bastón, del que no se separa nunca y que usa a medias para apoyarse y como arma. Sentada con ella al otro lado de la mesa, RÉGULA, una gitana del pueblo con "supuestos" poderes mágicos. Están a punto de invocar a los espíritus, cogidas de las manos.

RÉGULA.- ¿Estáis ahí? Si estáis ahí haced una señal.

BLASA.- Aún no sé como me has liado para hacer esto.

RÉGULA.- ¡Chits! Concéntrese. Ya siento una presencia...

BLASA.- Será la criada, que está trasteando por la cocina.

RÉGULA.- ¡No lo tome a broma! Ya lo siento... Está a punto de llegar... (*En trance*)

Ahora... Ahora...

PELAGIA.- (*Entra por la puerta. Hija de RÉGULA, su vivo retrato*) ¡Mamá!

RÉGULA.- (*Que aún no se entera*) ¡Aquí está! Y llama a su madre... ¿Quién eres?

PELAGIA.- Soy yo, mamá.

BLASA.- Régula...

RÉGULA.- Ahora no, no podemos perder este alma en pena, que está buscando a su madre. Haznos una señal... ¿Qué buscas en esta casa?

PELAGIA.- Mamá. Que soy yo.

RÉGULA.- ¡Muéstrate! ¡Muéstrate! Hazme una señal.

PELAGIA.- (*Va decidida a RÉGULA y le da un puntapié*) ¿Estás ida, mamá?

RÉGULA.- (*Que por fin ve a su hija*) ¡Ay! ¿Qué demonios haces tu aquí?

PELAGIA.- Tengo hambre.

RÉGULA.- Pues come, Pelagia, y no molestes.

PELAGIA.- No puedo, mamá. Está el criado en el gallinero, y no puedo echarles mano a los huevos.

BLASA.- ¿Eh? ¡Régula! ¡A ver esa mocosa!

RÉGULA.- Está hablando de las gallinas, señora. (*A PELAGIA*) Si este gallinero está vigilado, vete a ver el del vecino.

BLASA.- Pelagia... ¿A quién se le ocurre ponerle ese nombre a la niña?

PELAGIA.- Es que nací un ocho de octubre, que es Santa Pelagia, y dice mi mamá que como era la mayor pecadora del mundo, que así he salido yo.

BLASA.- Sí, va a ser culpa del nombre.

RÉGULA.- El nacimiento predestina a las personas. Hale, Pelagia, arrea a ver si das con otro gallinero poco cuidado, que no hay nada en casa para cenar.
(*PELAGIA se va*)

BLASA.- Vaya forma de educar a la chiquilla.

RÉGULA.- Oiga, no la hay más educada en todo el pueblo. Después de arramplar lo que sea, siempre le mando que dé las gracias.

BLASA.- ¿Al que le roba?

RÉGULA.- No, gracias a Dios, porque no la hayan pillado.

BLASA.- Pues procura que el gallinero de esta casa no lo visite a menudo.

RÉGULA.- No se apure. Le tengo advertido que a la clientela no se le echa mano.
¿Seguimos con la invocación?

BLASA.- No, no, que ya veo qué espíritus vienen a tu llamada. Échame las cartas, anda, para que no hagas la visita en balde. (*RÉGULA saca las cartas y baraja, tomándose tiempo*) ¡Rediós! Las vas a marear. ¿Echas las cartas o no las echas?

RÉGULA.- (*Con gran misterio*) Corte. ¡Con esa no, con la mano izquierda!

BLASA.- La izquierda es la mano del diablo.

RÉGULA.- Para las cartas tiene que ser la izquierda. Así lo dicen los astros.

BLASA.- Tu haz caso de lo que te digan los astros esos, sí. Así te va todo. (*Corta*)

RÉGULA.- (*Posa algunas cartas*) Esa es la carta del amor.

BLASA.- ¿El as de bastos? Estamos arreglados si alguien te quiere a garrotazos. A mi la del amor me parece más bien el de oros.

RÉGULA.- El de oros es el dinero.

BLASA.- Pues eso, la del amor. ¿O piensas que yo quiero más a alguien que al dinero?

RÉGULA.- Usted tendría que ponerle velas a Santa Liduvina, patrona de los enfermos crónicos, porque lo suyo con el dinero parece enfermedad.

BLASA.- Parece mentira que una bruja como tu ande todo el día con santos en la boca.

RÉGULA.- Soy santera.

BLASA.- Déjalo, déjalo. ¿Qué dice esa carta?

RÉGULA.- Esta carta dice que tiene mucho amor.

BLASA.- Por lo que veo, esto es como la brisca, el as es el que más vale.

RÉGULA.- (*Sigue echando cartas*) ¡El diablo! (*Le pone los cuernos*)

BLASA.- ¿La sota de copas? ¿Dónde has aprendido a echar las cartas?

RÉGULA.- Esto no es nada bueno... El diablo sale al lado del dinero. ¡Alguien se lo quiere quitar!

BLASA.- Menuda vidente. Toda la familia, los bancos y los de hacienda.

RÉGULA.- Pero aquí veo que va a pasar pronto.

BLASA.- Pues si que... ¿Qué más ves?

RÉGULA.- Nada más. Son dos reales.

BLASA.- Mira, era verdad que me iban a quitar dinero bien pronto. (*Paga*) Aún no sé como te sigo llamando. Nunca me dices nada en condiciones.

RÉGULA.- (*Se levanta*) Las cartas nunca mienten. Y ahora me voy, que tengo que encender una vela en el altar de San Pompilio, para que espante el mal de ojo. Pero volveré. (*Se va, pero para de pronto en la puerta*) ¡Demonios! ¿Qué es esto?

BLASA.- Dos reales, lo que has pedido, ¿eh?

RÉGULA.- Acabo de tener una visión. No me lo creo ni yo. Fue como una sombra... ¡En esta casa va a pasar algo!

BLASA.- Ya, ya, como la última vez, ¿eh? Primero me dices que va a haber una desgracia por los malos espíritus, y luego me cobras diez duros por espantarlos, y total, ¿para qué? Si no pasó nada.

RÉGULA.- No pasó porque los espanté. Pero esto es diferente. Esto es de verdad.

BLASA.- Ah, ¿y lo otro no?

RÉGULA.- Esto... No me líe, señora. Algo va a pasar en esta casa muy gordo. Mejor le pongo dos velas a San Pompilio en vez de una, porque van a hacer falta. Ándese con tiento. (*Se va*)

BLASA.- Esta gitana cada día está peor. Pues si piensa que esta vez me va a sacar algo, como no me saque los colores... En fin, voy a poner los libros al día. (*Va hacia un mueble y abre el cajón con una llave que tiene enganchada en una pulsera. Saca un libro, un tintero y una pluma y algunos papeles, y los revisa en la mesa*) ¿Será posible? ¡Mina! ¡Mina...!

MINA.- (*Entra en la sala, con cara de susto. Es una chica de poco más de veinte años*) Se... Señora...

BLASA.- (*Le enseña una nota*) ¿Qué es esto?

MINA.- ¿Un papel...?

BLASA.- Un papel... A ver, explícame ahora mismo de dónde salen estos trece duros.

MINA.- ¿Trece duros? Si supiera de algún lugar de donde salieran trece duros, estaría la

primera a cogerlos.

BLASA.- No te burles, Mina. ¿De qué son estos trece duros que se deben en la tienda?

MINA.- Digo yo que de la compra del martes pasado.

BLASA.- ¿Sesenta y cinco pesetas?

MINA.- No, no, tanto no, me parece que fueron trece duros nada más.

BLASA.- Pensarás que me he caído de un guindo, ¿eh? Trajiste un poco de azúcar, un poco de aceite y poco más. ¿Me vas a decir que todo eso valió trece duros?

MINA.- Eso parece.

BLASA.- De eso nada. Con trece duros traía yo para todo el mes cuando iba a la tienda.

MINA.- Señora, los precios de antes de la guerra ya no valen. Todo sube.

BLASA.- Seguro que me has sisado. ¿Qué compraste para ti?

MINA.- Oiga, señora, eso ni se me habría ocurrido.

BLASA.- Lo que te había encargado no habría debido de subir más de seis duros. Estate bien segura que te voy a descontar del sueldo los otros ocho duros.

MINA.- Oiga, que yo no le he sisado... ¿Ocho? ¿Y encima quiere quitarme ocho? Son siete.

BLASA.- Lo otro son intereses. ¿O piensas tu que el banco da el dinero gratis? Ya lo sabes. Este mes, diez duros menos.

MINA.- ¡Dijo que ocho!

BLASA.- ¿Quieres ver como se vuelven doce? ¡Arrea!

MINA.- Como diga la señora. (*Se va murmurando*) ¡Mala bruja!

BLASA.- No murmures por lo bajo, que te oigo.

MINA.- Sí, señora... Así se le desencaje la cadera. (*Se va*)

BLASA.- Pensará esta que me la va dar a min. (*Anota en el libro*) Y por lo que veo aquí, ya le había descontado tres duros por estropearme una falda. Una falda que no tendría ni veinte años, y dice que estaba desgastada del uso... Pero si no la usaba más que de lunes a viernes. (*Sigue mirando*) ¿Eh? ¡Mina! ¡Mina...!

MINA.- (*Entra*) ¿Y ahora que tripa...? ¿Sí, señora?

BLASA.- Mándame a Evaristo para acá.

MINA.- Me parece que está en el establo.

BLASA.- ¡Ahora!

MINA.- Tengo leche hirviendo...

BLASA.- Pues vale más que te apures, porque como se te escape, la leche que se vierta te la descuento del sueldo.

MINA.- (*Mientras se va*) ¿No vendrá una peste o algo así...?

BLASA.- (*Posa el libro en la mesa con una nota encima, y se levanta con el bastón*)

Esto ya pasa de castaño oscuro... (*A la puerta*) ¿Es para hoy?

EVARISTO.- (*El chico para todo. También de unos ventipocos años. Viene corriendo. MINA se va a la cocina*) ¿Señora?

BLASA.- ¿Qué es esto? (*Dando con el bastón en el libro*)

EVARISTO.- A mi de primeras me parece un libro.

BLASA.- (*Le da un bastonazo*) No te burles, ¿eh?

EVARISTO.- Ay, si no me burlo.

BLASA.- Ahí, el papelito donde pone "pienso".

EVARISTO.- (*Mira la nota con atención*) Pues... Aquí donde pone pienso...
Pienso... (*Le da vueltas al papel*) ¿Esto es como lo que decía aquel, de pienso, luego existo?

BLASA.- (*Le da con el bastón*) ¿Qué? ¿Qué dice ahí?

EVARISTO.- Señora, no sé leer. ¿No ve que no fui nunca a la escuela?

BLASA.- ¿Y no te da vergüenza?

EVARISTO.- ¿El no saber leer o el no haber ido a la escuela?

BLASA.- (*Otro bastonazo*) ¡No me contestes!

EVARISTO.- ¡Ay! En casa había que trabajar, y no había tiempo para libros. El único que había estaba bajo la pata de la mesa, porque cojeaba un poco y...

BLASA.- No te preocupes. Te lo leo yo. Pienso: cuarenta y tres pesetas.

EVARISTO.- ¿Cuarenta y tres? Diablos, hay más dinero para las vacas en pienso que para mi en soldada.

BLASA.- Explícame esto.

EVARISTO.- Pues que yo cobro solo cuarenta pesetas, y el pienso ha costado cuarenta y tres.

BLASA.- (*Otro bastonazo*) ¡Explícame lo de esta nota!

EVARISTO.- ¿El qué?

BLASA.- ¿Cómo es que hubo que comprar más pienso?

EVARISTO.- Porque se acabó, y había que traer más. Algo hay que echarles a las vacas.

BLASA.- Te tengo dicho que no se compra pienso más que a primeros, y con eso hay que tirar todo el mes.

EVARISTO.- Es que era poco.

BLASA.- (*Le da un bastonazo*) Pues se lo tasas a las vacas. Estas cuarenta y tres

pesetas te las voy a descontar del sueldo, ya verás como la próxima vez alcanza el pienso para todo el mes.

EVARISTO.- Oiga, que solo gano cuarenta pesetas.

BLASA.- Quedarás a deberme tres pesetas. Te las descontaré el mes siguiente.

EVARISTO.- Descuénteselas a las vacas, que fueron ellas las que comieron el pienso. Yo ni lo caté.

BLASA.- Te las descuento a ti, que eres el que las ceba. Y si lo comes o no, eso yo no lo sé, después de ver la hierba que teníais plantada en el huerto. Hay que administrar el pienso para que alcance para todo el mes.

EVARISTO.- Yo con administrar mi sueldo ya voy que chuto.

BLASA.- No te apures. El mes que viene, como no vas a tener soldada, no vas a tener dinero que administrar, y así igual te dura el pienso. Voy a buscar un par de notas que me han quedado arriba. Avisa a la arpía esa de la cocina que recoja la mesa, y que me vaya trayendo la leche. *(Le da un bastonazo)*
¡Ahora! *(Sale hacia la casa)*

EVARISTO.- La madre que... ¡Qué fuerza tiene la condenada! ¡Mina!

MINA.- *(Entra)* Se... señora... Ah, no está la bruja.

EVARISTO.- Recoge la mesa, anda. Ay... Cómo me ha dejado la espalda esa desgraciada.

MINA.- Quéjate tu, que yo este mes voy a cobrar nada más que seis pesetas.

EVARISTO.- ¡Quién las viera! Aún vas a tener que darme a mi la mitad para que le pague a ella, porque este mes me descuenta más de lo que cobro.

MINA.- Me tiene hasta las narices. Cualquiera día me voy.

EVARISTO.- También me iba yo, pero no podemos. ¿Quieres que le cuente a todo el mundo lo que hemos hecho? Nos tiene bien cogidos.

MINA.- Es que solo a un idiota como tu se le ocurre hacerle caso a Cosme y plantar esas plantas en el huerto.

EVARISTO.- Me engañó. Cuando llegó de trabajar de Holanda, me dijo que esa planta era la que más se cultivaba por allá, y que íbamos a ganar dinero con ella. ¿Como iba a saber yo que era para fumar? No parece picadura.

MINA.- ¿No veías que no daba más que hoja?

EVARISTO.- Sí, pero era una hoja tan bonita... Pensé que era para adorno. Además, como tenía nombre de mujer.

MINA.- ¿De mujer?

EVARISTO.- Claro, se llamaba Mari Juana. ¿Quién pensaría que una planta con ese

nombre iba a ser mala? Yo tengo una prima que se llama así, y es una bendita.

MINA.- Pues ya ves, aún le quedan tres años a Cosme en la cárcel porque lo pillaron vendiéndola.

EVARISTO.- Por lo menos no nos acusó, que podríamos estar nosotros también allá. Lo que me gustaría saber es como leches la bruja del ama se dio cuenta de que esas plantas estaban plantadas en el huerto. Si no lo pisa casi nunca.

MINA.- Y la tonta de mi, que encima iba a regarlas todos los días... Con lo orgullosa que estaba de lo que crecían.

EVARISTO.- Si lego a saber lo que era, no te meto en el asunto, pero como me dijo que íbamos a ganar dinero a espuestas...

MINA.- Ya sé que lo hiciste por amistad, pero vaya como nos ha salido el tema. El caso es que no aguanto más esto. Esta no es manera de vivir.

EVARISTO.- Quedar ya no queda ninguna planta en el huerto, pero estoy seguro de que tiene guardadas unas cuantas hojas en un paquete. Si diéramos con ellas...

MINA.- Si esta mujer lo tiene todo bajo llave. ¿Pues no tiene puesto un candado en la carbonera, que cada vez que hay que ir a por carbón, tiene que ir a abrirme ella? Estoy aburrida.

EVARISTO.- No te quejes, que a ti por lo menos no te pega.

BLASA.- *(Entra fuera de sí y con una nota en la mano)* ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

EVARISTO.- Voy al establo.

MINA.- Y yo a la cocina.

BLASA.- ¡Quietos ahí!

EVARISTO.- Ay, que me vuelve a dar.

MINA.- No te apures, que me pongo yo delante, que a mi no me da.

BLASA.- Aquí dice que las manzanas solo se vendieron por diez reales.

MINA.- ¡Ah! ¡De las manzanas se ha encargado Evaristo! *(Se pone tras él)*

EVARISTO.- Para defenderme así, mejor lo dejas, ¿eh? Señora, eso fue lo que pagaron, sí.

BLASA.- ¿Diez reales? Esas manzanas valen por lo menos seis duros.

EVARISTO.- Señora, que eso no lo valen ni las botellas de sidra que se van sacar de ellas. Eran cuatro sacos, y había más hoja que manzana.

BLASA.- *(A bastonazos con él)* ¡No me repliques! ¡Desgraciado! Estás compinchado con el lagarero. Pues esos seis duros los vas a pagar tu. ¡Y con intereses! Tu

próxima soldada la vas a ver en semana santa.

EVARISTO.- ¡Pero si estamos en verano!

BLASA.- ¡Desgraciados! Os tengo aquí recogidos, cuando donde debíais estar es en la cárcel, ¿y así me lo agradecéis? Si solo fuera llamar al cabo...

EVARISTO.- No, señora, al cabo no.

BLASA.- Abusáis del buen corazón que tengo. Pero si tengo que darle el paquetito ese que guardo al cabo... ¡Hale! A trabajar. *(Vuelve a guardar el libro en el cajón, y lo cierra con llave. Se va)*

EVARISTO.- *(Se sienta derrotado)* Esto no es vida, Mina. Tengo que ayudar en casa, y si ahora no cobro...

MINA.- Anda, si puedo ya te daré algo de lo mío.

EVARISTO.- Eso si no te quita la soldada a ti también. A veces prefiero más ir a la cárcel.

MINA.- No, a la cárcel no, pero esto se terminó. Vamos a acabar con el sufrimiento hoy mismo.

EVARISTO.- Esta vieja como no estire la pata, no nos deja ni a sol ni a sombra. Estoy desesperado.

MINA.- Esa es la solución.

EVARISTO.- ¿Desesperarse?

MINA.- No, tonto, que estire la pata.

EVARISTO.- Sí, claro. Esta nos entierra a todos. Ya lo verás. Y a mi el primero. Cómo me ha dejado la espalda...

MINA.- No te preocupes. Mira. *(Le enseña un frasco)*

EVARISTO.- ¿Qué es eso?

MINA.- Esto va a hacer que no te vuelva a doler la espalda nunca más.

EVARISTO.- Pues trae para acá, que lo bebo entero. *(Coge el frasco e intenta beber, pero ella lo detiene)*

MINA.- ¿Qué haces, idiota? Esto es arsénico.

EVARISTO.- ¿No dices que es para que no me duela la espalda?

MINA.- ¡Qué animal eres! Esto es para que la bruja no te vuelva a pegar en la espalda, Evaristo. Es veneno. Y tengo entendido que es rápido y no deja huella.

EVARISTO.- No estaría mal que alguien se lo diera a la bruja.

MINA.- Evaristo, esto es para dárselo a la vieja. ¿Para qué va ser? Esta bruja no pasa de hoy.

EVARISTO.- Mina, que estamos pasando todo esto para no ir a la cárcel. Si la

envenenamos, acabamos allí seguro, y ya puestos, prefiero ir por plantar hierba.

MINA.- No. Lo tengo todo bien pensado. Se lo voy a echar en la taza de leche que le voy a traer, que ya sabes que siempre que hiervo la leche, tengo que darle una taza. Esto hace efecto en poco tiempo. Mientras tanto, tu vas a ir a buscar al cabo de la guardia civil.

EVARISTO.- ¡Hala! Eso, tontainas, envenénala y llama al cabo. ¿Cómo no se me ha ocurrido a mi? Si quieres, le digo que a mi me deje enchironado para que no tenga que dar más viajes.

MINA.- Calla, Evaristo. Escucha, le dices que tu y yo hemos bajado a la villa y que al volver hemos encontrado a la señora en el suelo, y las cosas de la casa revueltas, que seguro que ha entrado un ladrón.

EVARISTO.- Si no hemos bajado a la villa.

MINA.- Ya, pero tu dices que yo he bajado contigo y yo diré que tu has bajado conmigo. Así, nos cubrimos uno a otro. Mientras que vas a ver al cabo, voy a darle la leche con el veneno a la bruja, y a revolver esto un poco para que parezca que entraron a robar.

EVARISTO.- Yo no valgo para esto, Mina... Si a mi se me nota cuando digo mentiras. Me entra la risa floja...

MINA.- ¿Qué quieres? ¿Que esta sabandija siga martirizándonos?

EVARISTO.- No puedo, Mina. Yo...

BLASA.- *(Entra de nuevo)* ¿Qué hacéis aquí los dos? *(A bastonazos con EVARISTO)*
¡Os pago para trabajar, no para le deis a la sinhueso! ¡Al establo! ¡Al establo!

EVARISTO.- ¡Voy! ¡Voy! *(Antes de salir)* Mina, está decidido. Échale todo el frasco, que voy a avisar al...

MINA.- ¡Calla y arrea! *(EVARISTO se va)*

BLASA.- ¿A dónde dices que va ese?

MINA.- Esto... A hablar con el lagarero, a ver si hay manera de cobrar más por las manzanas.

BLASA.- Bien pensado, aunque se las tengo pensado descontar igual de la soldada, para que vaya espabilando para la próxima. ¿Y mi leche?

MINA.- Siéntese señora, que ahora mismo se la traigo. *(Sale)*

BLASA.- Estos dos... Me cuestan más dinero de lo que me producen. Menos mal que los tengo bien agarrados. Estos van a trabajar para mi hasta que las vacas

vuelen. ¿Viene esa leche?

MINA.- (*Entra con una bandeja con una taza de leche. Se detiene en la puerta*) Y ahora, el azúcar. (*Echa en la leche un buen chorro del frasco*) Mejor que sobre a que falte. (*Duda, y escupe en la leche*) Y esto de regalo.

BLASA.- ¿Qué? ¿Tomaré la leche hoy, o esperamos a que se haga manteca?

MINA.- Tenga, señora. Tómela ahora, que está calentita, recién hervida.

BLASA.- Arrea a la cocina, que algo habrá que hacer.

MINA.- (*Se va lentamente con una sonrisa de oreja a oreja*) Esto ya no tiene vuelta atrás. ¡Se acabaron los problemas! (*Pican a la puerta y queda parada de pronto*)

BLASA.- Mina...

MINA.- ¿Eh?

BLASA.- Están picando.

MINA.- No, señora, no he oído nada. (*Vuelven a picar*)

BLASA.- Mina...

MINA.- Mierda. (*Abre. Son SUSANA y ANTONIO, sobrino de BLASA y su mujer, cerca de los cuarenta.*) La señora no está.

BLASA.- ¿Quién es, Mina?

SUSANA.- ¿No está? Quita, niña, que traemos asuntos importantes. (*Entran*)

BLASA.- Vaya, mira quien aparece. El garbanzo negro de la familia y la lenteja, su mujer.

ANTONIO.- Tía, no empiece...

BLASA.- ¿Qué tripa se os ha roto? Ahora estoy ocupada.

SUSANA.- ¿En qué?

BLASA.- Estoy tomando leche. ¿No lo ves?

MINA.- (*Se la intenta quitar*) Casi mejor espera la señora a que marchen estos dos para tomarla.

BLASA.- (*Le da un manotazo*) ¡Vete a la cocina! Que esperen ellos. Esta leche la tomo ahora, como siempre, y si no están contentos, que se larguen.

MINA.- ¿Y si se la llevo para calentarla otro poquito?

BLASA.- (*Levanta el bastón*) ¡Arrea!

MINA.- (*Se va yendo*) Ay, que no la beba aún, que no la beba... (*Sale*)

BLASA.- (*Mientras dura la conversación con los sobrinos irá bebiendo la leche*) ¿Y vosotros dos qué diablos hacéis aquí?

ANTONIO.- Venimos a visitarla, tía. Siéntate, Susana. (*Se sientan*)

BLASA.- ¿Quién os ha mandado sentaros? (*Se levantan*) Venga, largar lo que os haya traído hasta aquí, y a ventilarse a la calle.

ANTONIO.- Esta Blasa... Está siempre de comedia. (*Ríe*)

BLASA.- ¿Te parece que tengo cara de estar de comedia?

ANTONIO.- (*También serio*) No, no.

SUSANA.- Déjame a mí. Señora, nos acabamos de enterar que nos va a echar de nuestra casa.

BLASA.- Pues el que haya dicho eso ha dicho una mentira muy gorda.

ANTONIO.- Buf, que alivio. ¿Ves, Susana? Ya sabía yo que la tía no podía hacer eso. Con lo buena que es para nosotros.

BLASA.- No os echo de vuestra casa, os echo de "mi" casa, pues si mal no recuerdo, la casa donde vivís es mía.

SUSANA.- ¿Ves lo buena que es para nosotros? Oiga, y si nos echa, ¿a dónde quiere que vayamos?

BLASA.- Ese no es asunto mío.

ANTONIO.- Tía, que las cosas están muy achuchadas como para ponerse a comprar una casa. Ahora no entra mucho dinero en casa, y...

BLASA.- Si esa manirrota que tienes por esposa lo supiera administrar...

SUSANA.- Oiga, lo estiro lo que puedo, pero el dinero no es de goma.

BLASA.- Tengo una buena oferta por la casa para venderla, y no la voy a desaprovechar.

ANTONIO.- Si usted siempre me había dicho que esa casa iba a ser mi herencia.

BLASA.- He cambiado de idea. Ese dinero está mejor en mi bolsillo. Tu seguro que lo ibas a malgastar. Y si no, ya te lo comería esa sabandija con la que te has casado.

SUSANA.- Mire, señora. Este imbécil callará, pero yo no. Si no se vuelve atrás con lo de echarnos de casa, soy capaz de hacer una locura.

BLASA.- Haces muchas a lo largo del día.

SUSANA.- ¿Eh? ¿A quién llama loca?

BLASA.- No es de extrañar. Hija de Pancracio y nieta de Rufa, algo tenía que estar mal en la cabeza.

SUSANA.- (*Se tira a ella y la coge del cuello. ANTONIO la intenta frenar, pero no puede*) ¡La mato! ¡La mato! Esta bruja no me menta la familia así... (*De pronto a BLASA le da un espasmo y cae al suelo. SUSANA la suelta asustada*)

- ANTONIO.-** ¡Qué bestia eres, Susana! Hale, tía, levántese, que no ha sido nada. Tía...
¡Tía!
- SUSANA.-** Ay, ay, que se me fue la mano...
- ANTONIO.-** Susana, que me parece... Que está muerta... ¡La has matado!
- SUSANA.-** Me ha sacado de quicio. Ya sabes que con lo de mi abuela me altero mucho.
Si estuvo en el manicomio fue por nervios.
- ANTONIO.-** Andaba paciendo con las vacas.
- SUSANA.-** ¡Tendría hambre! Ay, ay, Antonio, ¿qué vamos a hacer?
- ANTONIO.-** Vamos a calmarnos. Hay que arreglar esto.
- SUSANA.-** ¿Arreglar el qué? Habrá que llamar a la guardia civil. (*Llora*) Ay, Antonio,
que me van a meter en la cárcel.
- ANTONIO.-** Calla, calla. No hay que ponerse nerviosos. Nadie te ha visto. Vamos a
ponerla en la silla otra vez, y nos vamos, como si no hubiera pasado nada.
- SUSANA.-** ¿Qué dices, Antonio?
- ANTONIO.-** Cuernos, Susana. Tiene ochenta años, mucho ya no le faltaba para estirar
la pata. Que parezca que se ha muerto ahí sentada.
- SUSANA.-** La criada nos ha visto.
- ANTONIO.-** Nos ha visto, pero no nos ha visto matarla, y está en la cocina. Ayúdame,
y haz como yo. (*La sientan de nuevo en la silla. A voces*) Pues sí, tía.
Veníamos a hacerle una visita. Va tanto tiempo... Venga, Susana, habla con
ella.
- SUSANA.-** Antonio...
- ANTONIO.-** Vaya si ha cambiado el tiempo... Y usted a ver si se cuida, que tiene mala
cara. (*Acaban de sentarla*). Bueno, tía, nosotros ya nos vamos, ¿eh? (*Aún
más alto*) Sí, nos vamos. Acabe la leche antes de que se enfríe. Sí, sí, otro
día ya venimos. Hale, Adiós. Venga, vámonos. ¿Ves? Así la criada piensa
que queda aquí tan guapa. (*Se disponen a salir*) ¡Mierda! Oye, Régula viene
para acá.
- SUSANA.-** ¿Régula? (*Pone los cuernos*) Lo que nos faltaba.
- ANTONIO.-** ¡Rápido! Tapa como puedas a la tía, que voy a ver si la echo.
- SUSANA.-** ¿Con qué la tapo?
- ANTONIO.-** ¡Con lo que sea! Cuidado, que ya está aquí.
- RÉGULA.-** (*Entra sin llamar*) Doña Blasa. Traigo aquí un amuleto.
- ANTONIO.-** (*La detiene en la puerta mientras que SUSANA se pone delante de
BLASA*) ¡La señora no está! Ahueca, Régula.

RÉGULA.- (*Con mucho misterio*) Hoy las estrellas no están con esta casa.

ANTONIO.- Las estrellas las vas a ver de verdad como no te largues.

RÉGULA.- Hay algo en el aire.

SUSANA.- No me extraña que huela. Estoy que me voy por las piernas.

ANTONIO.- Régula, Blasa no está. Ya volverás en otro momento.

RÉGULA.- (*Le coge la cara*) ¡Tu! ¡Tu!

ANTONIO.- (*Asustado*) ¿Yo, qué?

RÉGULA.- Veo algo en esos ojos.

SUSANA.- ¿A que te ha salido un orzuelo?

RÉGULA.- Veo... ¡Miedo!

ANTONIO.- Tengamos la fiesta en paz, ¿eh? Larga, y vuelve más tarde, que tenemos mucho que hacer.

RÉGULA.- Dale esto a la señora. (*Le da una pata de conejo*)

ANTONIO.- ¿Para caldo?

RÉGULA.- Es un amuleto muy poderoso, que la va a proteger de todo mal. Y que le ponga una vela a San Baraquicio, que murió con azufre ardiente en la boca, para que la libre de una desgracia.

SUSANA.- A buena hora.

ANTONIO.- No te preocupes que se lo doy, y ya le encendemos una vela a quien haga falta. Y ahora, lárgate.

RÉGULA.- Volveré. (*Se va*) Volveré...

ANTONIO.- (*Hace cruces*) Esta gitana me pone de los nervios. (*Tira la pata de conejo en la mesa*) Venga, vámonos, que en cualquier momento va a venir la criada. Adiós, tía, nos vamos.

SUSANA.- Si es verdad que esa pata trae buena suerte, casi mejor la cojo yo.

ANTONIO.- Vamos. (*Se disponen a salir*) ¡Coño! Ahora el cabo y Evaristo. Esto parece la calle Uría. (*N.A. Calle principal de Oviedo*) ¿Pero quién narices ha avisado al cabo?

SUSANA.- Dios, ya he caído. ¡No me dejes ir a la cárcel, Antonio! ¡Que mi padre tardó diez años en salir de allá!

ANTONIO.- ¿Diez? ¿No me habías dicho que había estado un par de meses?

SUSANA.- ¿Eh? Yo era muy pequeña, no distinguía bien entre meses y años. ¡Ay! ¿Qué hacemos, Antonio?

ANTONIO.- Busca una manta... y tápala en la mecedora. Como que está dormiendo.

SUSANA.- Antonio...

ANTONIO.- ¡Venga! Rediós, que sofocón. Alguien debería de inventar una enfermedad para estos apurones. *(La cambian a la mecedora. SUSANA saca una manta del arcón y la tapa. Nada más acabar entran EVARISTO y el CABO, un señor ya entrado en años. Mientras haya gente en escena, ANTONIO y SUSANA se pondrán constantemente delante de BLASA)*

EVARISTO.- Mire, señor cabo, todo tirado por el suelo... ¡Qué desastre!

CABO.- Mucho desorden no veo.

EVARISTO.- Pero... ¿Qué hacéis aquí vosotros?

ANTONIO.- ¡Chist! Que la tía está dormiendo.

CABO.- Evaristo, a ver. ¿Dónde está el robo? Y Doña Blasa no parece que esté muy mal. Está echando la siesta.

EVARISTO.- Pero Mina me había dicho... ¡Mina! ¡Mina!

MINA.- *(Sale corriendo)* Evaristo, no vayas a buscar al cabo que... *(Lo ve)* Bue... buenos días.

CABO.- A ver, Evaristo acaba de decirme que llegasteis de la villa y que...

MINA.- ¿De la villa? Si llevamos todo el día en casa.

EVARISTO.- Oye, tu a mi me habías dicho...

MINA.- Este Evaristo es un comediante... Estábamos aquí tan tranquilos, y de pronto me dice: ¿A que voy y le gasto una broma al cabo? Y yo que no, y él que sí... Y que si no te atreves...

CABO.- ¿Una broma? Evaristo, ¿a ti te parece que estoy aquí para que me gasten bromas?

EVARISTO.- Ha sido Mina que...

CABO.- Por esta vez lo voy a dejar pasar, pero como me vuelvas a tomar el pelo, vas a pasar una noche en chirona, para que se te quiten las ganas de comedia, ¿entendido?

EVARISTO.- Le juro por lo más sagrado...

CABO.- Me voy, que tengo cosas que hacer. Adiós, despedidme de la señora cuando despierte.

SUSANA.- Eso va a ser difícil.

CABO.- ¿Eh?

ANTONIO.- No, que va a ser difícil que se lo digamos porque nos vamos a ir y...

CABO.- Buenos días. *(Ve la pata de conejo)* ¿Y esto?

SUSANA.- Es de la tía. Una muleta.

ANTONIO.- ¡Un amuleto, bestia!

CABO.- Muy sospechoso... Muy sospechoso... (*Se va*)

EVARISTO.- ¡Mina! ¿No me habías dicho...?

MINA.- Calla, idiota, ¿no ves a esos ahí? Además, la bruja está en la mecedora, no ha debido de beberse la leche.

EVARISTO.- Entonces lleva la taza para la cocina... (*La coge*) Oye, esta taza o tiene un agujero o beber sí que la ha bebido.

MINA.- Bueno, está durmiendo, aún no ha debido hacerle efecto. Vamos a echar a estos dos para casa, y luego decimos que no se despertó de la siesta.

EVARISTO.- ¡Ay, qué mal va salir esto!

MINA.- En fin, como la señora está durmiendo, a mi me parece que lo mejor es dejarla descansar. Cuando quieran, vuelven otro día por aquí.

ANTONIO.- ¡No! No. Nos ha dicho que esperásemos aquí... A que despertara.

SUSANA.- ¿A que despertara? (*Llora*) Aaaay.

ANTONIO.- Es... muy sentida mi mujer.

MINA.- Ya mando a Evaristo a buscarlos cuando despierte. Es para no molestarla. A ver si va a despertar con el ruido...

SUSANA.- ¿A despertar? Aaaay.

ANTONIO.- Vosotros id a lo vuestro, y nosotros ya esperamos por aquí.

MINA.- Anda, Evaristo, ven conmigo a la cocina.

EVARISTO.- Tengo que atender el ganado.

MINA.- ¡Pasa, imbécil! Tenemos que hablar. (*Van a la cocina*)

SUSANA.- Ay, Antonio, ahora sí que no te entiendo. ¿Dices que nos vamos, y ahora que nos quedamos?

ANTONIO.- Susana, nos ha visto aquí el cabo de la guardia civil. Ahora es un poco más complicado. Tenemos que hacer algo para que parezca que no ha muerto ahora. Vamos a echarla en la cama, y que parezca que ha muerto por la noche.

SUSANA.- ¿Vamos a acarrearla otra vez? Esta mujer no se ha movido tanto en vida va lo menos cincuenta años.

ANTONIO.- Cógela por las piernas, y vamos a subirla para arriba. (*Salen a la casa*)

MINA.- (*Entra con EVARISTO*) ¿Está claro todo lo que hemos hablado?

EVARISTO.- No.

MINA.- ¿Cómo que no? ¿Qué es lo que no tienes claro?

EVARISTO.- ¿No dices que vamos a dejar a la bruja durmiendo en la mecedora?

MINA.- Sí. ¿Qué pasa entonces?

EVARISTO.- La bruja se ha ido.

MINA.- Pero... ¿A dónde ha ido ahora? Pero si me habían dicho que el veneno era de efectos rápidos.

EVARISTO.- Habrás echado poco.

MINA.- ¡Eché medio frasco!

EVARISTO.- Pues a ver donde está ahora esta mujer. ¿Y los sobrinos?

MINA.- Se habrán ido con ella. ¡Esto es perfecto! No nos puede salir mejor.

EVARISTO.- No entiendo nada. ¡Si la vieja no está!

MINA.- Debe de estar con los sobrinos por ahí. Es perfecto. Ahora, seguro que le da el patatús estando con ellos, y no habrá ninguna duda de que no hemos sido nosotros.

EVARISTO.- ¿Te parece?

MINA.- Las cosas empiezan a ir bien. Venga, cada uno a lo suyo, que lo importante es comportarse como si no hubiese pasado nada. (*Va a la cocina con EVARISTO detrás*) ¿A dónde vas?

EVARISTO.- Contigo.

MINA.- Vete para el establo, hombre.

EVARISTO.- Como antes me habías dicho...

MINA.- Anda, vete para el establo. ¡Que rapaz más inútil! (*EVARISTO sale pero se da de bruces con el CABO*)

EVARISTO.- Buenos días... ¡Demonios! ¿Ya ha pasado? ¿Dónde fue? ¿Estaba con los sobrinos, eh? ¡Mina, Mina, ven! Nosotros estábamos aquí en casa... ¿Ha sufrido mucho? (*Sale MINA*)

CABO.- ¿De qué hablas, Evaristo?

EVARISTO.- ¿No viene a avisar de lo de la señora?

CABO.- ¿Qué pasa con la señora?

EVARISTO.- Ah, que no viene a avisar de nada. Toma, (*A MINA*), pensé que la bruja ya había estirado la pata.

CABO.- Es que antes me he quedado un poco mosca, y he dado la vuelta. Todo eso de la broma...

MINA.- Ya he reñido a Evaristo. Eso no se hace, tiene razón.

CABO.- ¿Doña Blasa ya se ha levantado?

MINA.- Pues... Sí. Ha salido a dar una vuelta con los sobrinos. No hace mucho, si apura, igual los alcanza.

CABO.- Está bien, voy a ver si los veo.

ANTONIO.- (*Sale con SUSANA*) Ya está. ¡Puñetas, el cabo!

CABO.- Pero bueno, ¿no estaban dando un paseo?

MINA.- Creíamos...

CABO.- ¿Y la señora Blasa?

SUSANA.- ¡En la gloria!

ANTONIO.- ¡Susana! Di... Dice que en la gloria, porque está echada dormiendo...

Tiene un sueño pesado esta señora.

CABO.- Pero antes estaba echando la siesta ahí.

ANTONIO.- Pero, no se encontraba cómoda... Y ha subido a la habitación. Es que se encontraba mal.

EVARISTO.- Ay, ya hace efecto.

CABO.- ¿El qué?

MINA.- Esto... La leche calentita que toma. Se queda como una bendita cuando la bebe.

CABO.- Voy a ver qué tal se encuentra.

TODOS.- ¡No! (*Se miran todos extrañados*)

MINA.- Se pone de muy mala leche cuando la despiertan.

ANTONIO.- Si, si, nos ha dicho que no la molestásemos. Tenía mucho sueño.

SUSANA.- ¡El sueño de los justos!

ANTONIO.- Calla un poco, hija.

CABO.- Está bien, voy a dejarla terminar su siesta, pero más tarde paso otra vez por aquí. Estoy un poco mosca. Todo esto es muy sospechoso. (*Se va. Pausa incómoda*)

ANTONIO.- Pues... Nosotros casi mejor nos vamos a ir. Como la tía está dormiendo.

MINA.- Sí, sí... Nosotros vamos a hacer las labores. Si no las ve al levantarse hechas...

SUSANA.- No te apures, hija, seguro que tarda en levantarse.

EVARISTO.- Y que lo digas.

ANTONIO.- Hale, Susana, nos vamos. No hace falta que subáis a llamarla, ¿eh? Ha dicho que iba a echar una siesta larga. Vamos, cielo. (*Salen*)

MINA.- Bien, Evaristo. Está todo solucionado, el cabo ya sabe que estos dos la han dejado en la cama, así que no va a pensar que nosotros tenemos algo que ver con que no se levante. Ahora la dejamos ahí, y mañana, vamos a avisar que no se ha despertado.

EVARISTO.- Oye, no has pensado en una cosa.

MINA.- ¿En qué?

EVARISTO.- La bruja estaba todo el día diciendo que tenía un paquete de la Mari Juana esa que le serviría para meternos en la cárcel. Habría que dar con él antes de mañana. Luego, vendrán para repartir la herencia, y a lo mejor lo encuentran.

MINA.- Tiene que tenerlo en el cajón ese que cierra con llave. Ve arriba a buscarla.

EVARISTO.- ¿A dónde?

MINA.- La tiene enganchada en la muñeca. ¿No la has visto nunca? Ve y cógela.

EVARISTO.- Pero... A lo mejor aún no ha muerto. A ver si despierta y me pilla.

MINA.- Ya ha tenido que hacer efecto el veneno. Va media hora lo menos que lo tomó.
Está muerta seguro.

EVARISTO.- Peor me lo pones. Si está muerta...

MINA.- No te va a morder. Ve a por la llave.

EVARISTO.- Está bien, pero como la oiga respirar, bajo, ¿eh? (*Sale hacia la casa*)

MINA.- A ver si damos con el paquete y acaba todo esto de una vez. Puf, cuando vaya el domingo a confesarme no sé por donde voy a empezar... (*Intenta abrir el cajón*) Nada, a ver si Evaristo trae la llave, porque sin ella no hay manera.

RÉGULA.- (*Entra sin llamar*) Hay algo en esta casa que no me gusta.

MINA.- ¡Aaah! Diablos, Régula, ¿a ti no te han enseñado a llamar?

RÉGULA.- Vengo a la llamada de los espíritus.

MINA.- ¿Espíritus? Aquí no hay de eso, ¿eh?

RÉGULA.- Hay algo en esta casa... (*Coge a MINA*) ¿No lo notas?

MINA.- Lo que noto es que la última vez que has visto el agua debió ser el año pasado.

RÉGULA.- Hay una presencia.

EVARISTO.- (*Entra*) No puedo, Mina.

RÉGULA.- (*Suelta a MINA y coge a EVARISTO*) ¿No lo notas?

EVARISTO.- ¿El qué?

RÉGULA.- Está en el aire... En los muebles... En todos los lados.

EVARISTO.- Será polvo, porque Mina aún no ha limpiado.

RÉGULA.- ¡Hay que limpiar esta casa!

EVARISTO.- Que sí, ya se ocupa Mina, Régula.

MINA.- Anda, Régula, déjanos, que estamos... de limpieza. Vienes mañana si quieres a ver a la señora, ¿eh?

RÉGULA.- (*Saca un amuleto del bolsillo y empieza a bendecir todos los rincones*)
Por San Dositeo, que solo lo recordamos cada cuatro años, el 29 de febrero, yo limpio esta casa.

EVARISTO.- ¿Que dice esta de santos?

RÉGULA.- Por San Metodio, que no es patrón de aquí, sino que es el patrón de Europa, yo limpio esta casa.

MINA.- Régula, de limpiar ya me encargo yo, con San Chimbo.

RÉGULA.- (*Se va yendo*) Hay mucho mal en el aire... Mucho mal... (*Se va*)

EVARISTO.- ¿Será que ya huele a muerto?

MINA.- Esta está loca, hombre. ¿Vas a hacerle caso? ¿Dónde está la llave?

EVARISTO.- Ya te he dicho que no puedo.

MINA.- ¿Que no puedes qué?

EVARISTO.- La bruja ya estiró la pata, y tiene cogida la cadena de la llave con la mano, y no soy capaz a abrísela.

MINA.- Rompe la cadena, o si no rómpele un dedo, pero necesitamos esa llave.

EVARISTO.- A ver, soy burro, pero no tanto. Si ven el dedo roto, o que está la cadena rota, van a sospechar algo.

MINA.- Pues hace falta esa llave. El cajón tampoco lo podemos romper. Lo que tiene cogido, ¿qué es? ¿La llave o la cadena?

EVARISTO.- La cadena. La llave está colgando. Y mira que tiraba, ¿eh? Pero nada. Igual de agarrada que era en vida, lo es ahora de muerta.

MINA.- Pues hay que abrir ese cajón. Coge a la bruja y tráela para acá.

EVARISTO.- ¿Eh?

MINA.- Venga, Evaristo, traes a la vieja, abrimos el cajón con la llave, y volvemos a subirla para arriba.

EVARISTO.- Mina, que está muerta.

MINA.- Por tanto no te va a morder. Sube a por ella.

EVARISTO.- ¿Por qué me tendrán que caer a mi todos los chollos? (*Sale*)

MINA.- Anda, apura.

EVARISTO.- (*Desde dentro*) No me atosigues, ¿eh? (*Sale con BLASA en brazos*)
Menos mal que pesaba poco.

MINA.- Acércate aquí y vamos a abrir el cajón. (*Lo hacen*) Déjala ahí en la mecedora mientras buscamos. (*EVARISTO posa a BLASA en la mecedora*)

EVARISTO.- ¿La tapo?

MINA.- Sí, que igual tiene frío. (*EVARISTO lo hace*) Pero, ¿eres tonto? ¿Qué haces?

EVARISTO.- ¿No me has dicho...?

MINA.- El día que se repartieron los cerebros, tu debías de estar en otro sitio, Evaristo.
¡Ayúdame!

EVARISTO.- Aquí hay muchos papeles y cosas. ¿Cómo vamos a dar con lo nuestro?

MINA.- Sácalo todo para acá, y vamos a revisarlo en la mesa. Entre esto tiene que estar.

EVARISTO.- (*Lo hace*) Ya está todo aquí.

MINA.- Vamos, busca algún paquete que nos comprometa.

EVARISTO.- (*Busca apurado, mirando los papeles y todo lo que hay*) Este... Este...

¿Pero qué hago buscando si no sé leer?

MINA.- Es un paquete, Evaristo, y aquí no hay ninguno. Estas son las cuentas y las escrituras de los prados y de las casas. ¿No queda más en el cajón?

EVARISTO.- No.

MINA.- Pues tiene que estar en la habitación. Vamos a buscar allá.

EVARISTO.- ¿Y la bruja?

MINA.- No te preocupes, no se va a ir a ningún lado. Vamos. (*Salen*)

ANTONIO.- (*Entra con SUSANA*) Menos mal que te has dado cuenta de que te faltaba la cadena. Te la ha debido de enganchar Blasa cuando... (*Ve a BLASA*)

¡Ah! ¿Qué hace esta mujer aquí?

SUSANA.- Pero, si estaba muerta. ¿Cómo ha bajado aquí?

ANTONIO.- Muy muerta no debía de estar. Mírala, pero si está revisando los papeles y todo. (*Va hacia ella y la empuja con miedo*) Tía... Tía...

SUSANA.- Mira a ver si está la cadena por ahí, y nos vamos, que esto a mí no me gusta nada.

ANTONIO.- Está muerta. ¿Cómo ha bajado entonces?

SUSANA.- Busca la cadena. (*Buscan un poco*) No aparece. Pues yo la traía seguro.

ANTONIO.- Espera, igual la cogió la tía. (*Mira sus manos*) Rediós, esta mujer ha muerto con los puños bien apretados.

SUSANA.- Algún trompazo me cayó cuando la ahogaba, sí. ¿La tiene?

ANTONIO.- Sí, mírala, cogida en este puño. (*Prueba a abrirla la mano*) Caramba, como aprieta la condenada.

SUSANA.- Antonio, hay que coger esa cadena, que si se la encuentran en la mano, van a pillarme.

ANTONIO.- Estoy a ello. ¡Abra la mano, tía! Espera... Ya le he enganchedo un lado.

(*Tira poco a poco*) ¡Ya sale! ¡Ya sale! ¡Ya está!

SUSANA.- ¿Ha salido?

ANTONIO.- No, se ha roto. Pero esto se arregla. (*Intenta arreglarla*) Venga, vámonos.

SUSANA.- ¿Y vamos a dejarla así?

ANTONIO.- Coño, donde estaba. (*Van hacia la puerta*) ¡Me cago en...! El cabo, y

viene para acá.

SUSANA.- ¿A dónde vamos?

ANTONIO.- Ayúdame, vamos a esconderla para que no la vea.

SUSANA.- ¿La llevamos a la habitación?

ANTONIO.- No hay tiempo. A ese arcón. (*ANTONIO posa la cadena encima la mesa, y cogen a BLASA y la meten en el arcón. Nada más acabar entra el CABO*)

CABO.- Vaya, ¿vosotros por aquí?

ANTONIO.- Eh... Sí. Habíamos venido a ver a la tía. Pero parece que no está. Ya nos íbamos.

CABO.- Estaba dormiendo.

SUSANA.- Si, para estar dormiendo ahí metida.

ANTONIO.- Calla, Susana. Ya hemos mirado en la habitación, pero no está. Creo que debía de estar revisando las cuentas y algo iría a mirar.

CABO.- Vamos a ver si la vemos, ¿eh? Vamos juntos.

ANTONIO.- Tenemos un poco de prisa...

CABO.- ¿Y esa prisa? ¿Pasa algo?

ANTONIO.- No, hombre, no. Tiene razón, vamos a ir a ver si la vemos. Estará en el establo, o por ahí.

SUSANA.- Antonio...

ANTONIO.- (*A ella*) Calla, mujer, que el cabo no sospeche nada. Damos una vuelta con él, y como no va a aparecer, después ya marchamos.

CABO.- ¿Nos vamos?

ANTONIO.- Después de usted. (*Se van a la calle*)

PELAGIA.- (*Aparece por la puerta*) ¡Mamá! ¡Mama! (*Mira por los rincones*) ¡Tengo hambre, y hoy los gallineros están más vacíos que el cepillo de la iglesia después de ir tu a confesarte! ¡Mamá! Pues yo tengo hambre. ¿Tendrá esta vieja por aquí algo para comer? (*Busca en el armario*) A ver ese arcón... (*Va para allá, pero ve la cadena encima de la mesa*) ¡Toma! (*La coge y la muerde*) De oro, seguro. Robustiano me dará por lo menos tres o cuatro duros, y con eso puedo comprar... Bueno, si hubiese ido alguna vez a la escuela sabría para cuantos caramelos me daba, pero para muchos, seguro. ¡Un momento! Mi mamá me tiene dicho que a la clientela no le arramplé con nada. Pero, esto no es robar. Pasaba por aquí, y la he encontrado. Con no decírselo... (*Se va tan contenta*)

MINA.- (*Entra con EVARISTO. Trae un paquete en la mano*) Todo este tiempo metido en ese rincón...

EVARISTO.- Sí, tenía razón la bruja en lo de que limpiar no limpiabas mucho.

MINA.- ¡Para lo que cobraba limpiaba demasiado!

EVARISTO.- (*Ve que no está BLASA*) ¡Ay, madre!

MINA.- ¿Me vas a decir que no? Tendría que haber dejado que la hubiera comido la mierda.

EVARISTO.- No sé por qué me da que igual ya se la ha comido.

MINA.- ¿Qué dices?

EVARISTO.- La mecedora...

MINA.- ¿Qué le pasa? (*La ve*) ¡Ah! Evaristo, ¿donde está la bruja?

EVARISTO.- Dios, esta vieja se ha levantado y se ha ido.

MINA.- ¿Cómo iba a levantarse?

EVARISTO.- Como un alma en pena. Ay, va ir tras de nosotros. Ya lo decía Régula. (*Al cielo*) Yo no he sido, ha sido todo cosa de Mina.

MINA.- No puede ser, Evaristo. ¿Seguro que estaba muerta?

EVARISTO.- Mina, estoy harto de matar cerdos y conejos. Sé de sobra cuando alguien está muerto.

MINA.- (*Con miedo*) Pues... Bueno... No perdamos la calma. A lo mejor ha entrado un perro por la ventana...

EVARISTO.- ¿Un perro? Hombre, huesos tenía de sobra. (*Desesperado*) ¿Qué perro va a entrar, Mina? Aquí solo hay gatos.

MINA.- No me importa donde esté la bruja. Casi mejor nos vamos para casa, y ya aparecerá.

EVARISTO.- Mina... Que mi padre y mi madre están en Teverga a ver a mi abuela.

MINA.- ¿Y?

EVARISTO.- Qué tengo que dormir solo. ¿Y si va a buscarme la bruja por la noche?

MINA.- No seas idiota, Evaristo... ¿Te parece?

EVARISTO.- Como en los seriales de la radio. Seguro que ha vuelto del más allá para venir a por nosotros.

MINA.- ¿Más allá de donde?

EVARISTO.- ¿Y yo qué sé? De más allá.

MINA.- Escucha, ¿no oyes un ruido? (*Quedan muy juntos escuchando*)

EVARISTO.- ¿Qué... qué es...?

MINA.- Viene de...

CABO.- (*Entra con SUSANA y ANTONIO*) Buenos días.

MINA Y EVARISTO.- ¡Aaaah!

CABO.- ¿Qué pasa?

EVARISTO.- Dios... Pensé que era... Pensé que era...

CABO.- Estábamos buscando a Doña Blasa, pero no la encontramos. ¿Sabéis donde está?

EVARISTO.- ¿Qué más quisiéramos que saberlo!

CABO.- En fin. No hago nada aquí entonces. Volveré un poco más tarde a ver si veo a la señora Blasa. Esto me tiene muy mosca... Muy mosca. (*Se va*)

SUSANA.- ¿Nosotros no nos vamos?

ANTONIO.- No podemos, Susana.. (*Señala el arcón*) Hay que... Arreglar el mueble.

MINA.- Entonces, ¿no han visto por ahí a la señora?

ANTONIO.- No.

SUSANA.- Menudo susto si la llegamos a ver.

EVARISTO.- ¿Por qué dice eso? ¿Por qué? ¿Qué sabe?

MINA.- Cálmate, Evaristo. El caso es que no sabemos dónde está.

ANTONIO.- Nada, vosotros id a hacer lo que tengáis que hacer, y ya esperamos nosotros aquí.

MINA.- ¿Les pongo algo mientras esperan?

SUSANA.- ¿Tila no tendrás?

MINA.- Sí, y voy a hacer un barreño, no se apure.

ANTONIO.- Casi prefiero algo con más grados. ¿No hay patxarán o algo de eso?

MINA.- Eso lo debe de guardar la señora en ese arcón. Mira a ver, Evaristo.

ANTONIO.- ¡No!

EVARISTO.- Si no me cuesta nada.

ANTONIO.- (*Se sienta encima el arcón*) ¡No! No, que parece que ya se me pasó la gana.

EVARISTO.- Ya, pero a mi me va a venir bien. (*Intenta abrir el arcón, pero ANTONIO no se levanta*) Esto sería un poco más sencillo si no estuviese sentado encima.

ANTONIO.- Estoy agotado, y...

MINA.- Espera, Evaristo, que ahora que me acuerdo, está en la cocina. Voy a por ello.
(*Sale, pero deja el paquete encima de la mesa junto a los papeles*)

ANTONIO.- Puf... Esto... Oye, ¿tu no tienes algo que hacer por ahí?

EVARISTO.- Esperaba por el patxarán.

ANTONIO.- Te lo llevo yo a el establo.

EVARISTO.- No, en el establo no, que está muy oscuro. Estaré por delante de casa, ¿eh? Si me oyen gritar, o algo, salgan inmediatamente, ¿vale?

SUSANA.- ¿Y porqué vas a gritar?

EVARISTO.- No sé... Hay tantas cosas que no entendemos. (*Sale*)

SUSANA.- Larguémonos antes de que vuelvan estos dos. ¿Tienes la cadena?

ANTONIO.- La he dejado ahí encima de la mesa.

SUSANA.- Aquí no está.

ANTONIO.- No fastidies, ¿eh? Estoy seguro de que la he dejado aquí. Ha tenido que caerse. (*Buscan por el suelo*)

SUSANA.- Ay, Antonio, no podemos irnos sin ella. Si la encuentran y se dan cuenta de que es mía, me caigo con todo el equipo.

ANTONIO.- Con decir que no es tuya...

SUSANA.- ¡Es un recuerdo de familia!

ANTONIO.- Susana, la robó tu padre un día en los Güevos Pintos. (*N.A. Fiesta multitudinaria muy famosa en el centro de Asturias*)

SUSANA.- Pues eso, me recuerda a mi padre. Hay que encontrarla, Antonio, que si no va a ser mi ruina.

ANTONIO.- Por aquí no aparece.

CABO.- (*Entra con PELAGIA de la oreja*) Pero... ¿Qué hacen ustedes?

ANTONIO.- (*Disimulan como pueden*) Buscamos... Aquí buscando... Que se nos ha caído...

CABO.- (*Enseña la cadena*) ¿Buscaban esto?

SUSANA.- ¡Sí!

ANTONIO.- (*A la vez*) ¡No! (*Se miran*)

SUSANA.- ¡No!

ANTONIO.- (*A la vez*) ¡Sí!

CABO.- No me mareéis. ¿Sí o no?

ANTONIO.- Depende. ¿Dónde apareció?

CABO.- La llevaba esta niña. Dice que la ha encontrado en esta casa. Está rota. Muy sospechoso.

ANTONIO.- Pues no creo... No me suena. ¿A ti, Susana?

SUSANA.- ¡Ay! Con lo bonita que es.

ANTONIO.- Dice que tampoco le suena.

CABO.- Pues esta niña dice que estaba aquí.

ANTONIO.- Tiene que equivocarse, señor cabo. (*A PELAGIA*) A ver, guapa, ¿a que no la has encontrado aquí en esta casa?

PELAGIA.- Ahí encima de la mesa.

ANTONIO.- Que no, piensa. ¿No será tuya?

PELAGIA.- Si a usted le parece que debe de ser mía...

ANTONIO.- ¿De quien va a ser?

SUSANA.- Antonio...

ANTONIO.- Porque tu no has estado hoy en esta casa para nada, ¿a que no?

PELAGIA.- ¿Yo? En la escuela toda la mañana.

CABO.- Son las cinco de la tarde.

PELAGIA.- Bueno, como no he comido aún, para mi es por la mañana.

ANTONIO.- ¿Lo ve, señor cabo? No ha podido encontrarla aquí, porque lleva todo el día en la escuela. Seguro que es suya.

CABO.- Si no les parece conocida, tendré que dejar a la niña marcharse. Hale, larga.

ANTONIO.- Digo yo que... Mejor la acompaña. Por si alguien le quiere quitar la cadena.

CABO.- La voy a acercar hasta el camino de su casa. Hale vamos. (*Salen el CABO y PELAGIA*)

SUSANA.- ¡Antonio! Ahora me he quedado sin cadena.

ANTONIO.- ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a decir que era tuya? Ya no tiene vuelta atrás. Venga, Susana, vamos a apurar y a poner a la tía en la mecedora otra vez.

SUSANA.- ¿En la mecedora? Si acaban de estar aquí los criados, y el cabo, y no estaba.

ANTONIO.- Que se arreglen ellos con el tema.

SUSANA.- Tienes razón. Volvemos a ponerla donde estaba, y nos largamos. Ya ha estado bien hoy de acarrear muertos, ¿eh? ¡Ay, mi cadena! ¡El único recuerdo que tenía de mi padre!

ANTONIO.- No gimotees y ayúdame. (*Sacan a BLASA y la ponen en la mecedora*)

SUSANA.- Y ahora, pista.

ANTONIO.- Aquí no hacemos nada. Venga. (*Salen a la calle*).

MINA.- (*Entra con unas tazas y agua caliente en una jarra*) Aquí está el agua. La tila está en el armario... ¡Aaaaah!

EVARISTO.- (*Entra como una bala*) ¿Qué pasa? ¡Dios, no, ha vuelto!

MINA.- ¿Y los sobrinos?

EVARISTO.- No sé. Igual los ha matado... ¡O se los ha comido!

MINA.- Calla, Evaristo, ¿como iba a matarlos? Mira a ver que no esté viva.

EVARISTO.- Si, claro, yo no me acerco a ella. Mira tu.

MINA.- No seas miedica.

EVARISTO.- Lo soy, y no me importa decirlo. Yo no la toco. Seguro que nada más arrimarme a ella me pega un bocado o algo.

MINA.- (*Posa la bandeja con el agua y las tazas en la mesa*) Vamos ser lógicos. Esta mujer ha tomado medio frasco de arsénico, así que está muerta.

EVARISTO.- ¿Y eso es lógica? Dices que está envenenada, pero se va y vuelve a la mecedora según le apetece. No le veo la lógica por ningún lado.

MINA.- Todo esto debe de tener una explicación. A lo mejor estaba dando los últimos estertores. Como cuando le cortas la cabeza a una cucaracha, que aún sigue corriendo un buen rato.

EVARISTO.- ¿Te... te parece? Bueno, son casi de la misma especie.

MINA.- Algo así tiene que ser, Evaristo. Está muerta, y los muertos no caminan.

EVARISTO.- Mira, Mina, no sé si prefiero más que me metan en la cárcel o seguir pasando por esto. Tengo tales retorcijones de tripas que en cualquier momento aquí en vez de oler a muerto, va a oler a otra cosa.

MINA.- ¿Qué quieres? ¿Que confesemos que la envenenamos? Por eso igual te aplican el garrote vil.

EVARISTO.- Ay, Dios... En buena hora te he hecho caso.

MINA.- Volvamos a lo que habíamos pensado en un principio, y vamos a echarla en la cama.

EVARISTO.- Que no la toco más, Mina.

MINA.- Yo te ayudo. (*Se acercan a ella con mucho miedo*) ¿Lo ves? Ya está hasta enfriando.

EVARISTO.- Tal y como estoy de sudado, ni lo noto.

MINA.- Vamos a la habitación con ella. (*Se la llevan*)

ANTONIO.- (*Entra con SUSANA y el CABO*) Rediós, que rápido llevo a la niña a su casa. Mírela, señor cabo, está ahí en... ¿Dónde está?

CABO.- Esto a mi ya me empieza a tocar las narices, por no decir otra cosa. Va dos minutos, cuando he estado aquí con la gitanilla, no estaba. Os encuentro a la que salís, y me decís que ha bajado para acá otra vez, pero aquí no está. ¿No estaba dormiendo en la mecedora?

SUSANA.- Lo que se dice dormiendo...

ANTONIO.- Le juro que la hemos dejado ahí, de verdad. Nada más marchar usted, bajó ella para acá y se durmió. Y que me maten si sé como se ha ido.

CABO.- No, si la culpa es mía por preguntaros.

SUSANA.- Ay, Antonio, no puedo con esto. ¡Voy a reventar en una de estas!

ANTONIO.- Cálmate. Mira, ha traído la criada la tila. Tómate una, y échame otra para mi, porque esto ya me tiene a mi también...

CABO.- Bueno, ¿qué?

ANTONIO.- ¿No quiere una tilita usted también?

SUSANA.- La tila... (*Desenvuelve el paquete donde está la marihuana*) Ah, mírala aquí. Vamos a echar un puñado grande, que los nervios son muchos. (*Echa un buen puñado en la tetera y sirve en las tazas*)

CABO.- Voy a echar un vistazo por ahí a ver si veo a Doña Blasa. Ustedes no se vayan hasta que no vuelva yo, ¿entendido? (*Sale*)

ANTONIO.- Descuide. (*Se sienta a la mesa también con SUSANA y beben los dos*) No lo entiendo. Pero si no va ni dos minutos que la habíamos dejado ahí.

SUSANA.- Esto es superior a mi, Antonio. ¿Está muerta o no?

ANTONIO.- Lo está, Susana. Pero no me preguntes cómo, anda por ahí de paseo.

SUSANA.- ¿Y no valdrá más que nos fuéramos?

ANTONIO.- El cabo nos ha mandado esperar. En cualquier momento aparece por la puerta y...

RÉGULA.- (*Entra con un crucifijo y una ristra de ajos*) Aquí hay que tomar medidas muy serias. Esta casa está maldita.

ANTONIO.- ¿Qué haces con eso, Régula?

RÉGULA.- Hay que combatir a las fuerzas del mal.

SUSANA.- Con eso en vez de combatir las, las sazonarás.

ANTONIO.- Has leído muchas novelas, Régula. ¿Eso no es para los vampiros?

RÉGULA.- ¿Y quién te dice a ti que aquí no los hay? (*Le pone el crucifijo*) ¿Y si tu eres uno?

ANTONIO.- A mi el único que me chupa la sangre es el capataz. Anda, Régula, arrea.

RÉGULA.- (*Saca un frasco con agua*). El agua bendita no engaña. (*Se la echa por encima a ANTONIO*)

ANTONIO.- ¡La madre que...! Si te planto una bofetada... ¡Desaparece!

RÉGULA.- Estaré preparada para cuando llegue el momento. (*Se va*)

ANTONIO.- (*Se sienta y se acaba la tila*) Esta loca... Mira como me ha puesto. ¿A qué sabe esta tila?

SUSANA.- Es que no tiene azúcar... (*Suelta una risa floja*) Je... Oye, pues a mi no me sabe mal. (*Se la acaba también*)

ANTONIO.- No, si mal no sabe... Pero no sabe como la de casa.

SUSANA.- Mira, es que está picada, ¿no ves? (*Otra risita floja*)

ANTONIO.- Pues coge como más... Aroma, ¿eh? Y queda un...

SUSANA.- Si, un regustillo... no sé cómo.

ANTONIO.- Será alguna mezcla, mujer. Je, pero yo ya me siento un poco más calmado.

SUSANA.- (*Bastante sonriente. Empiezan los dos a sentir los efectos y hablan entre carcajadas*) Pues vaya fregado en el que estamos metidos, ¿eh?

ANTONIO.- Sí, no es cosa de broma, no.

SUSANA.- A mi no me hace ni pizca de gracia.

ANTONIO.- Como que podemos acabar en la cárcel los dos. (*Ríen a carcajadas*)
¡Como tu padre!

SUSANA.- Si, pobrecillo, qué pena me da cuando me acuerdo de él. (*El resto de la conversación casi a carcajadas*) ¡Que mal lo tuvo que pasar!

ANTONIO.- Y encima el cabo por ahí rondando... ¡A que nos pillá! (*Carcajadas*)

SUSANA.- Y la inocente de Régula. Oye, ¿nos tomamos otra tila de estas? Es que yo estoy muy nerviosa.

ANTONIO.- ¡Echa para acá!

SUSANA.- Mira, casi mejor... (*Echa el paquete de marihuana en el agua y revuelve. Sirve otras dos tazas*) ¡Salud!

MINA.- (*Entra con EVARISTO*) Hale, ya está. Pero...

ANTONIO.- (*Siguen a carcajadas*) Hola, chavales, pasad para acá, que estamos de velorio. (*Carcajadas*)

SUSANA.- Si, pero la muerta anda de paseo. (*Carcajadas*)

EVARISTO.- ¿Cómo saben estos lo de la bruja?

MINA.- No sé. Mira, el paquete está abierto.

EVARISTO.- Está abierto... ¡Y vacío! Estos están tomando...

ANTONIO.- ¡Por la tía! ¡Y por mi mujer! ¡Pichoncito!

SUSANA.- Oiga, un respeto, que soy una mujer casada.

ANTONIO.- ¿Y te trata bien tu marido?

SUSANA.- Me trata mejor el vecino, que viene a verme cuando mi marido está en la mina. (*Carcajadas los dos*)

MINA.- Vamos a dejar aquí a estos dos, que tal como están, me parece que no van a levantarse en un rato. Luego, cuando los encuentren aquí con la bruja muerta, que apechuguen ellos. Tal como están, se lo van a tomar a risa.

- EVARISTO.-** Pues hala, vamos. (*Van para la calle, pero se paran en la puerta*)
¡Carajo! El cabo anda dando vueltas por ahí. Hay que esperar un poco a que se vaya, para que no nos vea.
- MINA.-** Vamos a la cocina.
- ANTONIO.-** (*A la que MINA pasa a su lado la coge por la cintura*) ¿Y esta chica tan guapa?
- SUSANA.-** (*A carcajadas*) Antonio, que te la ganas.
- MINA.-** Oiga, suélteme. (*Le da una bofetada y se desembaraza de él*)
- ANTONIO.-** (*Sigue riendo*) ¡Qué genio tiene la condenada! ¿Le pegas tu al vecino así, mujer?
- SUSANA.-** El es más delicado que tu, no es menester pegarle.
- ANTONIO.-** Pues con la cara de panoli que tiene el pobre... Ya podías haber escogido otro un poco más atractivo.
- MINA.-** Anda, Evaristo, vámonos, antes de que este imbécil me eche mano otra vez.
(*Salen a la cocina*)
- SUSANA.-** Oye, Antonio, ¿y si buscamos a la tía?
- ANTONIO.-** Voy a mirar a ver si anda por la habitación, e invitarla a venir con nosotros. (*Sale*)
- SUSANA.-** ¡Que buena está esta tila! Esta sí que quita los nervios en condiciones. Estoy ahora mismo como si estuviese en una nube. (*Sigue bebiendo*) Tengo que cortar una cañita a ver si Antonio la injerta en el huerto.
- ANTONIO.-** (*Sale abrazado con BLASA, arrastrándola*) Aquí está la tía. Estaba en la cama, pero le he dicho, ¿cómo no viene con nosotros a la sala, que lo estamos pasando en grande?
- SUSANA.-** ¿Y te ha contestado?
- ANTONIO.-** Ella no, y no querrás creerme, pero el cristo que tiene colgado en la cabecera de la cama me ha dicho que sí, y, oye, no le vas a llevar la contraria, que es el hijo de Dios. Hale, tía, póngase para arriba, que estamos de fiesta.
- SUSANA.-** Más tila ya no queda.
- CABO.-** (*Entra en ese momento*) No encuentro... Ah, por fin.
- ANTONIO.-** Pase, cabo, pase, que estamos de fiesta.
- CABO.-** ¿A qué viene tanta risa? ¿Y qué haces con Doña Blasa?
- ANTONIO.-** ¿No lo ve? Aquí echando un baile. (*Baila y canta con ella*)
- MINA.-** (*Sale con EVARISTO*) ¿Qué jaleo es este?

EVARISTO.- ¡La bruja! ¡Y está bailando! Esto no puede ser.

ANTONIO.- Espera. Yo casi mejor bailo con esta chica. Toma, zagal, baila tu con la tía. *(Se la pasa a EVARISTO, y engancha a MINA y se pone a bailar con ella)* ¿Tu y yo no nos conocemos, guapa?

MINA.- Soy la que le ha dado la bofetada antes, y como no me suelte ahora mismo, le igualo el otro carrillo.

EVARISTO.- ¡Mina! ¡Mina! Que la bruja está...

ANTONIO.- Susana, no dejes al cabo sin bailar, mujer. Echa un baile con él, que, total, más feo que el vecino no es.

SUSANA.- Allá voy. *(Intenta coger al CABO, pero no se deja)*

CABO.- *(Muy enfadado)* ¡Valió! ¡Valió! Se acabó el baile. *(Paran todos, y EVARISTO suelta a BLASA, que cae al suelo)* Pero... ¡Doña Blasa! *(La intenta ayudar a levantarse)*

ANTONIO.- Esta mujer no aguanta nada.

MINA.- Ay, que de esta no salimos.

CABO.- Pero... ¡Doña Blasa está muerta!

ANTONIO.- *(Con SUSANA a carcajadas, mientras MINA y EVARISTO están aterrados)* ¿Eh? ¡Pobrecilla! ¡Se ha muerto, Susana!

SUSANA.- Pero, ¿ha sido de esta, o la de antes ya vale?

ANTONIO.- ¡Ay, que pena más grande! *(Ríe)*

CABO.- Pero, ¿se puede saber de qué os reís?

ANTONIO.- ¿Quién se está riendo? Con la pena que estamos pasando ahora mismo.

CABO.- Además, esta señora ya está un poco fría.

SUSANA.- ¿Como va a estar fría? Si debiera de estar sudando de lo que bailaba.

CABO.- ¡A callar! Esto es muy sospechoso, pero mucho. Venga, todo el mundo andando conmigo al cuartel, a ver si aclaramos este asunto.

MINA.- ¿Nosotros también?

CABO.- Todo el mundo. Todos delante de mi, que ahora mismo vamos a llamar al juez para que venga a levantar el cuerpo.

ANTONIO.- Si por eso es, lo levanto yo, ¿eh?

CABO.- Muy ingenioso, Antonio. Veremos si estáis igual de ingeniosos cuando comprobemos lo que pasó aquí.

EVARISTO.- Ay, Mina, que de esta no salimos.

MINA.- ¡Hace falta un milagro!

RÉGULA.- *(Entra por la puerta con una estaca y una maza)* ¡Apartaos! Yo arreglo

este asunto ahora mismo. Si hay algún muerto vivo por ahí, es cosa mía. San Donaciano, que murió en el desierto, protégeme.

MINA.- (*Ve la tabla de salvación*) ¿La oye? Dice que si hay algún muerto, es cosa suya.

CABO.- ¿Es eso verdad, Régula?

RÉGULA.- Los muertos son lo mío, sí. Y estas son las armas que uso.

CABO.- ¿Así que lo reconoces? Venga, andando conmigo al cuartel.

RÉGULA.- ¡Tengo que limpiar esta casa! ¡Están en peligro!

CABO.- (*La coge*) Dios, esta mujer está como una cabra. Vosotros esperad a que llegue el juez a levantar el cadáver, que yo mientras tanto voy a meter en el calabozo a esta.

RÉGULA.- (*Mientras el CABO la va sacando afuera*) Hay algo malo en esta casa... Ponedle unas velas a San Tarcisio, patrón de la eucaristía. (*Salen*)

MINA.- Jesús, de la que nos hemos librado.

SUSANA.- Oye, niña, ¿no tendrás un poco más de tila?

MINA.- ¿Le parece poco la que lleva encima?

SUSANA.- Está de rica... La que tengo en casa no es como esta.

EVARISTO.- Esta es holandesa.

ANTONIO.- ¡Como las vacas! Claro, si la mejor leche es la de la vaca holandesa, la tila también tiene que ser la mejor.

MINA.- Pues no había nada más que ese paquetito, lo siento.

ANTONIO.- ¿Nos vamos a casa, palomita?

SUSANA.- Nos vamos, a ver si veo al vecino, que me parece que me pide el cuerpo guerra. (*Salen cantando*)

EVARISTO.- ¿Y ahora qué hacemos con la bruja?

MINA.- Lo que ha dicho el cabo, dejarla. Vamos a hacer desaparecer la “tila” de estos dos, y santas pascuas. ¡Se acabó el sufrimiento!

EVARISTO.- Espera. (*Bebe lo que quedaba en la tetera*)

MINA.- ¿Qué haces?

EVARISTO.- A esos dos los ha calmado. ¿No ves el cachondeo que se traían? A ver si a mi me hace el mismo efecto.

MINA.- Anda, trae, hace falta ser idiota. (*MINA recoge y sale y queda EVARISTO sentado en la mesa, al lado de BLASA, en el suelo*)

EVARISTO.- Pues es verdad que se nota como una tranquilidad... ¡Vaya! Como bailan las fotos de aquella pared... (*Ríe*) Tengo la cabeza como... (*Algún juego de*

luz o sonido para indicar que delira. Empieza a levantarse BLASA. EVARISTO con terror.) Pero... no puede ser... Oiga, que el cabo ha dicho que tiene que levantarla el juez.

BLASA.- *(Con voz cavernosa)* Evaristo... Voy a por ti... Evaristo...

EVARISTO.- *(Sale corriendo)* No. ¡Socorro! ¡Mina! *(BLASA sal tras él mientras cae el*

TELÓN